

1 Pedro 2:9-10

Día de la Reforma 1995 I Pedro 2:9-10

9 Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido, para que anunciéis las virtudes de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable. ¹⁰ Vosotros en el tiempo pasado no erais pueblo, pero ahora sois pueblo de Dios; no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia.

En el año 1517 Martín Lutero clavó en la iglesia del Castillo en Wittemberg las 95 tesis, unas propuestas para un debate académica. Nadie sabía en ese 31 de octubre que ese fue el inicio de un gran movimiento de reforma de la iglesia. Lutero mismo, en ese día, era todavía un hijo leal de la Iglesia Católica Romana, monje agustino, sacerdote, y doctor de la Sagrada Escritura. Pero también era un sincero pastor, que había comenzado a ver algo de la luz del evangelio, y vio cosas alrededor que tenía que cuestionar, porque aparte de sus otros oficios, también era un predicador que tenía responsabilidad por el cuidado de las almas. Cuando vio las personas que estaban bajo su cuidado dependiendo de unos papeles de indulgencias que habían comprado de un predicador dominico, no pudo guardar silencio. Escribió las 95 tesis. Así comenzó una batalla en que constantemente los enemigos le atacaban basándose en la autoridad del Papa, y de los concilios, o de los padres antiguos de la iglesia, o de la tradición, pero nunca sobre la base de la Sagrada Escritura. Los ataques forzaron a Lutero a buscar su ayuda y defensa en el único lugar posible, en la Sagrada Escritura. Cada ataque le hizo estudiar más. Y al estudiar más, encontró que no solamente las indulgencias eran antibíblicas, sino también muchas otras doctrinas y prácticas de la iglesia de su día.

Una buena manera de conmemorar la Reforma del siglo XVI es mirar de nuevo ahora algunas de las doctrinas, que habían sido encubiertas y en las tinieblas por siglos, que Lutero sacó otra vez a relucir con su estudio de la palabra de Dios. Esto es lo que proponemos hacer esta mañana. Y lo haremos con la misma base que Lutero, sobre la base de la Sagrada Escritura. Meditemos esta mañana en **los sacerdotes del Nuevo Testamento, todos los cristianos bautizados.**

En nuestro texto Pedro habla a un grupo de personas y los llama con los títulos de mayor honor. Les llama “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido”. ¿A quiénes está hablando? ¿Quiénes son esos reyes y sacerdotes de que habla nuestro texto? ¿Acaso son algún grupo o clase de élite dentro de la iglesia? ¿Serán un grupo de privilegiados que están por encima del común de los cristianos?

Bueno, son un grupo sumamente privilegiado, pero no por encima de los demás cristianos. Todo el contexto establece quiénes son los que son el linaje escogido, el real sacerdocio, la nación santa, el pueblo adquirido. En los versículos anteriores a nuestro texto Pedro escribe: “Por esto contiene la Escritura: *He aquí, pongo en Sion la Piedra del ángulo, escogida y preciosa. Y el que cree en él jamás será avergonzado.* De manera que, para vosotros que creéis, es de sumo valor; pero para los que no creen: *La piedra que desecharon los edificadores, ésta fue hecha cabeza del ángulo, y: piedra de tropiezo y roca de escándalo.* Aquéllos tropiezan, siendo desobedientes a la palabra, pues para eso mismo fueron destinados”.

En estos versículos hay un contraste. Noten las palabras. Presenta un contraste entre los que creen y los que no creen. Dicen que Dios ha puesto su Piedra del Angulo, Cristo. Lo ha hecho con el fin de que los hombres se salven. Dice que “el que cree en él jamás será avergonzado”. Luego se dirige a todos los lectores, a todos los cristianos, a todos los creyentes, diciendo: “De manera que, para **vosotros que creéis**, es de sumo valor”. Vosotros en este pasaje son los que creen, todos los cristianos. Y ahora, sólo dos versículos más tarde, habla al mismo grupo de personas, a los que creen, a todos los cristianos, y les dice: “Pero vosotros sois *linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido, para que anunciéis las virtudes* de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable”. De esto debe ser evidente. En el lenguaje del Nuevo Testamento los sacerdotes no son una clase especial y superior en la iglesia. Los sacerdotes son todos los creyentes, todos los cristianos.

Este es el testimonio de todo el Nuevo Testamento. Nunca son llamados sacerdotes los que tienen el oficio del ministerio. También lo son, pero no por su oficio, sino por ser cristianos, por ser creyentes. Cuando el Nuevo Testamento habla de sacerdotes en la iglesia del Nuevo Testamento, solamente habla de Cristo como el gran Sumo Sacerdote, y de todos los cristianos como sacerdotes bajo él. Así declara también el libro de Apocalipsis. “Al que nos ama y nos libró de nuestros pecados con su sangre, y nos constituyó en un reino, sacerdotes para Dios su Padre; a él sea la gloria y el dominio para siempre jamás. Amén” (Apo. 1:5,6). Notarás que en este pasaje los que son constituidos sacerdotes para Dios su Padre son todos los que son librados de sus pecados por su sangre. El capítulo siete nos trae otro testimonio. “Ellos entonaban un cántico nuevo, diciendo: “¡Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos! Porque tú fuiste inmolado y con tu sangre has redimido para Dios gente de toda raza, lengua, pueblo y nación. Tú los has constituido en un reino y sacerdotes para nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra” (Apo. 7:9,10). Aquí también son todos los de toda raza, lengua, pueblo y nación que han sido redimidos para Dios por la sangre de Cristo que han sido

constituidos en un reino y sacerdotes para nuestro Dios. Así que no hemos entendido mal nuestro pasaje de la Epístola de Pedro. Es el testimonio unido de todo el Nuevo Testamento.

Y así, sobre la base de la Escritura, enseñó Lutero. Ya en su escrito sobre la Cautividad Babilonia de la Iglesia en 1520, Lutero, al descubrir que no hubo ninguna base bíblica para hacer la ordenación un sacramento, escribió: “En consecuencia, ten la seguridad, y que así lo reconozca cualquiera que considere que es cristiano, que todos somos igualmente sacerdotes, es decir, que tenemos la misma potestad en la Palabra y en cualquier sacramento”. En un sermón sobre el Salmo 110 en 1535 expande sobre esto. Dice: “El Salmista dice en un versículo anterior que Cristo debe tener hijos y herederos. Sin embargo, no son nacidos de un hombre y una mujer, en la manera natural y humana, sino de una manera espiritual y celestial, sin ninguna actividad humana, mediante una actividad única de Dios obrando por medio del Evangelio y el Santo Bautismo... Por lo tanto cada cristiano bautizado ya es un sacerdote, no por nombramiento ni por ordenación del Papa ni ningún otro hombre, sino porque Cristo mismo lo ha engendrado como un sacerdote y le ha dado nacimiento en el Bautismo”.

“El [Cristo] es el único, y tiene que ser el único, que nos conduce a Dios con su oficio sacerdotal y comparte con nosotros su oficio. Así como todos somos consolados y salvados por el poder de su oficio sacerdotal, así todos los que son salvos lo comparten, no solamente San Pedro y los apóstoles, o el papa y sus obispos. También otorga el título a todos los cristianos. Así como son llamados hijos de Dios y herederos por causa de él, también son llamados sacerdotes por él. Cada cristiano bautizado es, y debe ser, llamado un sacerdote, tanto como San Pedro y San Pablo. San Pedro fue un sacerdote porque creyó en Cristo. Yo soy un sacerdote por la misma razón. Así todos nosotros, como he dicho antes, hemos llegado a ser hijos y sacerdotes mediante el bautismo. Así se debe entender que el nombre ‘sacerdote’ debe ser la posesión común de los creyentes tanto como el nombre de ‘cristiano’ o ‘hijo de Dios’” (Am Ed. Vol. 13, p. 329-331).

¿Pero en qué sentido somos sacerdotes? ¿Será para que con algún sacrificio hagamos expiación por nuestros pecados? Jamás. Esa es la abominación del sacerdocio católico, que enseñan que ellos hacen un sacrificio meritorio por los pecados de los vivos y los muertos en el sacrificio de la misa. Queda claro por el testimonio del Nuevo Testamento que hay solamente un Sacerdote que ofrece sacrificios por el pecado, y ese Sacerdote es Jesucristo. “Él no tiene cada día la necesidad, como los otros sumos sacerdotes, de ofrecer sacrificios, primero por sus propios pecados y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo”. Cristo es tanto el sacrificio como

el sacerdote. Su sacrificio fue hecho en el Calvario, “una vez para siempre” (Heb. 7:27). Y que ese sacrificio fue eficaz y suficiente también queda establecido por la Escritura. “Entró una vez para siempre en el lugar santísimo, logrando así eterna redención, ya no mediante sangre de machos cabríos ni de becerros, sino mediante su propia sangre” (Heb. 9:12). Con su sacrificio realmente logró eterna redención realmente obtuvo el perdón de los pecados para toda la humanidad. Y así concluye la Escritura: “Pues donde hay perdón de pecados, no hay más ofrenda por el pecado” (Heb. 10:10). No, el sacrificio expiatorio no es el trabajo de los sacerdotes del Nuevo Testamento.

Pero los sacrificios expiatorios no eran los únicos que ofrecían inclusive los sacerdotes del Antiguo Testamento. También había sacrificios de alabanza y acción de gracias. Y estos sí corresponden a los sacerdotes del Nuevo Testamento. Tenemos toda la razón en el mundo para alabar y dar las gracias a nuestro Dios y Salvador: *“para que anunciéis las virtudes de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable”*. En el versículo 5 de nuestro capítulo, Pedro amonesta a los creyentes: “también vosotros sed edificados como piedras vivas en casa espiritual para ser un sacerdocio santo, a fin de ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por medio de Jesucristo”.

Debemos siempre considerar lo que era nuestra situación sin la obra de Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote. “Erais tinieblas”, nos declara Pablo en Efesios. Andábamos en tinieblas. Las tinieblas son una figura por la muerte espiritual, toda maldad, y la condenación eterna. Eso es lo que nuestros pecados nos habían traído. Y no teníamos cómo escapar. “Mas ahora sois luz en el Señor”, sigue Pablo. Y así debemos vivir como hijos de la luz. “La noche está muy avanzada, y el día está cerca. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistámonos con las armas de la luz. Andemos decentemente, como de día; no con glotonerías y borracheras, ni en pecados sexuales y desenfrenos, ni en peleas y envidia. Más bien, vestios del Señor Jesucristo, y no hagáis provisión para satisfacer los malos deseos de la carne” (Rom. 13) Con vidas de obediencia a la santa voluntad de Dios, ofrecemos “sacrificios espirituales, agradables a Dios por medio de Jesucristo”. Y esto es exactamente lo que busca Pablo cuando escribe a los cristianos, conscientes de su pecado y su indignidad, pero también conscientes de la grandeza del amor de Dios en Cristo que les ha redimido con su sangre: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que es vuestro culto racional”. Son nuestros mismos cuerpos, nuestro mismo ser, que debemos dedicar al servicio de Dios. Este es nuestro sacrificio de amor y gratitud.

Permitamos que nos hable una vez más el Dr. Lutero. “Pero después de llegar a ser cristianos mediante este Sacerdote y su oficio sacerdotal, siendo incorporados en él por el bautismo por medio de la fe, luego cada uno, conforme a su vocación y posición, obtiene el derecho y el poder de enseñar y confesar ante otros esta Palabra que hemos obtenido de él. Aunque no todo el mundo tiene el oficio de la vocación pública, cada cristiano tiene el derecho y el deber de enseñar, instruir, amonestar, consolar y reprender a su prójimo con la Palabra de Dios en toda oportunidad y siempre que sea necesario. Por ejemplo, padre y madre deben hacer esto para sus hijos y casa; un hermano, vecino, ciudadano, o campesino para su semejante. Seguramente cualquier cristiano puede instruir y amonestar a otro cristiano ignorante o débil acerca de los Diez Mandamientos, el Credo, o el Padrenuestro. Y el que recibe tal instrucción también está bajo obligación a aceptarla como la Palabra de Dios y públicamente a confesarla.

“Sin embargo los cristianos no ejercen su sacrificio sacerdotal con el fin de obtener el perdón de los pecados, ni por ellos mismos ni por los demás. Obtienen perdón de pecados solamente por el sacrificio de Cristo. Sólo él es válido para la reconciliación de todos los hombres con Dios. Los sacrificios de los cristianos existen para honrar y glorificar a Dios.... Las oraciones de los cristianos acompañan tales sacrificios porque son impulsados a orar en vista de sus varios sufrimientos y aflicciones. Sin embargo, no basan esas oraciones en sí mismos ni en su mérito, sino en Cristo el Mediador. Él presenta sus oraciones ante Dios, y se hacen aceptables y son oídos por causa de él. Este es el gran honor que pertenece a los cristianos: él nos ha ungido y nos ha hecho dignos, de modo que podemos aparecer delante de Dios en oración”. Sacerdotes, tengan en mente la alta dignidad que Cristo les ha dado, el gran privilegio de ofrecer sacrificios espirituales con una vida santificada, de alabanza y acciones de gracias, el privilegio de llevar las necesidades de todos los hombres al trono de la gracia en oración intercesora, y vivan sus privilegios. Amén.